

Fuese o no una influencia positiva para la modernización de España, Kant no fue tomado muy en cuenta como se ha visto hasta ahora. Es importante decir que los asuntos tratados en este último capítulo, *Crítica de la razón hispánica*, lejos de ser cuestiones históricas sobrepasadas llegan por diferentes, y aún por semejantes, caminos hasta la España de nuestros días. La tarea que ocupa a dirigentes y ciudadanos españoles es hoy, bajo circunstancias distintas, enorme. Y esto en muchos órdenes de la vida nacional. Se hace apremiante adivinar soluciones.

Para finalizar señalamos como valiosa, para los interesados en la historia del pensamiento español, la presencia de diversos autores de menor importancia, que forman parte de nuestra historia en todo caso. Asimismo se agradecen las breves notas biográficas que, generalmente en pie de página, ofrecen información para hacernos cargo de muchos autores, algunos de ellos poco conocidos. La referencia precisa de sus obras, que también se incluye, añade un elemento meritorio más a este libro.

Muy valorable es también, por último, la más que correcta escritura del español de quien entendemos no lo ha tenido por lengua materna. Como único y disculpable defecto señalamos la existencia de algunos errores de expresión o transcripción en algunas, muy pocas, palabras. Suponemos que la fácil confusión entre el idioma italiano y el español puede haber sido la causa, aunque creemos que una última revisión en la edición habría subsanado esos pequeños fallos, que en nada empañan tan merito-

rio trabajo sobre el desarrollo de nuestro pensamiento nacional.

Julián RODRÍGUEZ ORTEGA

R. KOSELLECK, *Esbozos teóricos. ¿Sigue teniendo utilidad la historia?*, introducción de José Luis Villacañas, Madrid, Escolar y Mayo, 2013.

En su obra *Historias de conceptos*, Koselleck había definido la *Begriffsgeschichte* como el estudio de las transformaciones que sufren los significados asociados a los términos lingüísticos a lo largo de su desarrollo temporal y la había aplicado a conceptos como ilustración, burguesía, utopía, revolución, patriotismo, progreso o decadencia, por citar algunos ejemplos. Este modo de integrar las distintas experiencias a través de sus respectivos conceptos y de la variable “tiempo” es la tarea que desempeña Koselleck en *Esbozos teóricos*, pero en este caso lo que se analiza es el concepto de historia y las categorías a priori del pensamiento histórico. Precisamente por el hecho de ser conceptual, el estudio de la investigación histórica tiene que partir, como condición previa, de una teoría de los conceptos.

El libro –que originalmente constituye la primera de las tres partes de la obra *Vom Sinn und Unsinn der Geschichte* (Suhrkamp, 2010), una recopilación de artículos de Koselleck que tiene como objeto de estudio la historia–, se asienta sobre la actitud teórica anterior-

mente descrita, la *historia conceptual*, no explicada *in extenso* en esta obra en concreto, pero explicitada en la introducción del Profesor Villacañas, que permite entenderla como “una única forma de investigación que es a la vez histórica y filosófica, y que no puede ser la una si no es la otra” (p. 10). Una investigación, según la introducción, que se erige como antropología histórico-filosófica, como el estudio de las condiciones de posibilidad de la historia. Precisamente, el subtítulo del libro “¿sigue teniendo utilidad la historia?” solo se deja responder por el propio título, es decir, trazando los límites teórico-conceptuales que permiten hablar de la historia, no ya tanto desde la filosofía de la historia –pues no es a esto a lo que se dedica Koselleck–, sino desde la historia conceptual. El índice da buena cuenta de la intención del libro y es congruente en su exposición con la forma de investigar propia de la historia de los conceptos; todos los capítulos están dedicados al término “historia” y están dispuestos de tal manera que permiten la reconstrucción del concepto de manera ordenada: Koselleck estudia primero la naturaleza del mismo (el sentido o no de la historia), a continuación se pregunta por su papel metodológico (su utilidad y su colaboración con el resto de ciencias y con la labor archivística), para por último retomar de nuevo la cuestión de la naturaleza de la historia a través de su relación con la ficción y de su estructura lingüística.

Para conocer la naturaleza del concepto “historia” es necesario plantearse la pregunta por su sentido –entendido co-

mo “realización de una finalidad alcanzada” (p. 38)– o sinsentido. A ello responde Kelsen afirmando que por diversas razones “toda la historia permanece insensata” (*ibidem*): porque no existe la realización de un tal fin, por la perspectividad o receptividad plural de la historia, por su carácter *ex post* respecto a la verdad, porque está siendo constantemente reconstruida y por el obstáculo que constituyen los intereses del conocimiento. Ahora bien, este paradigma de una historia sin sentido surge concretamente tras la Primera Guerra Mundial, acabando con la concepción ilustrada de la historia, que es necesario comprender para advertir el devenir conceptual del término. Para ello hay que partir de la diferencia que estableció la Antigüedad Clásica entre *historein* (Historia) y *res gestae* (historia): el primer concepto se refiere al discurso histórico, a la investigación y el estudio y teoría de la historia, mientras que el segundo atiende a los hechos acontecidos, a la mera facticidad, a las eventualidades acaecidas. El libro de Koselleck *Historia/historia* trata precisamente de esta diferencia. Mantener esta separación permitía a los antiguos hablar de múltiples historias, sin embargo, a partir del siglo XVIII ambos conceptos confluyen en su significación y se convierten en uno único, en la “historia en sí”, en un progreso volcado a la realización de su fin y lleno de sentido. La historia se convierte así en metaconcepto hasta que tiene lugar la Gran Guerra, que pondrá en cuestión toda la retórica del progreso.

Esto tiene mucho que ver con otro de los grandes asuntos tratados en el libro: la relación de la historia con el resto de

ramas del conocimiento. Una vez que se deja de ver la historia como explicativa de todo lo real, que se entiende que no existe un sentido que se vaya realizando progresivamente, la historia se desliga de las demás ciencias, pues ya no los explica de manera total, y se centra en sí misma (su objeto resulta ser ella misma). A pesar de ello, su papel actual como auxiliar de todos los saberes se torna indispensable, y es aquí donde Koselleck muestra que la metodología no es un aspecto banal de la ciencia, sino el armazón básico de toda investigación, de la interdisciplinariedad que tanto defiende este autor.

Es por ello que el capítulo dedicado al archivo y las fuentes históricas –que en principio pudiera parecer anecdótico– resulta verdaderamente ilustrativo de todo lo anteriormente descrito. El archivo, herramienta de mediación entre el pasado y el futuro, pasó de tener una función política, administrativa y religiosa fundamental, a ser un útil de comprensión de la labor histórica. Es decir, realizando la historia conceptual del término “archivo” se advierte la evolución desde una significación ilustrada – en la que el relato de la historia se identifica con ella misma – hasta la concepción actual en que su aportación es meramente histórica y desde la autoconciencia de que no es posible recrear la historia total. Más aún, se señala que la fuente histórica no es la historia, del mismo modo que pese a que la investigación histórica tiene una estructura lingüística, el lenguaje no es la historia. En primer lugar, porque el archivo presenta una limitación estructural: hay

lagunas, acontecimientos fundamentales no narrados, documentos destruidos o desaparecidos; y sobre todo, porque no bastan por ellos mismos. A propósito de este asunto del almacenamiento de la memoria –que, como todo lo tratado en *Esbozos teóricos*, tiene un tono de radical contemporaneidad–, Koselleck recurre a una bella metáfora, la del arca de Noé: igual que en ella iban ejemplares de cada especie, pero no de los distintos géneros, ni de su hábitat, al archivo le falta el contexto, no provee las interrelaciones entre los estratos de la historia. Sin embargo, la exégesis de las fuentes es la condición de posibilidad de la ciencia histórica del mismo modo que la historia lo es de las demás ciencias. Tal y como dice Koselleck, el archivo tiene “derecho de veto”, no indica lo que se debe afirmar acerca de la historia, sino que señala lo que no se debe puede decir de ella; reconstruye, pero lo hace parcialmente, conforma una historia que al ser narrada se convierte en contingente: se trata de la “ficción de lo fáctico”. Porque la historia tampoco puede ser superada por el lenguaje. El lenguaje articula la experiencia de la antropología histórica en torno a dos pilares: la duración como repetición de las condiciones que posibilitan la historia, y el acontecimiento único como diferencia que se inserta en las condiciones de posibilidad que las estructuras de repetición anteriores le han preparado. Este es un marco estructural que se adapta a la propia disposición de la historia pero que no es la historia misma. Existen una serie de experiencias extralingüísticas que la conforman pero que no son articuladas a tra-

vés del discurso. De ahí la importancia de la comparación entre *res factae* y *res fictae* –a la que Koselleck dedica otro de los capítulos de esta obra– y la negación de que su diferencia es categórica. La Ilustración identificó la historia con la descripción de una existencia, realidad o verdad desnudas, siendo la ficción el reino de lo poética, la apariencia y lo falso. Con el final del paradigma ilustrado sobre la historia hubo una unión entre los dos ámbitos y la ficción se convirtió en testimonio fundamental sobre lo real: precisamente por ser ficción, por ser lo meramente posible pero no real, es parte fundamental de la historia y en su conjunción con la *res factae* permite la articulación de lo lingüístico con lo extralingüístico, lo que lleva a Koselleck a subrayar la importante “función política de los sueños” (p. 114) y a insistir en la imposibilidad de una historia final, total y unitaria.

Laila YOUSEF SANDOVAL

S. S. PRAWER, *Karl Marx and world literature*, London, Verso, 2011.

Introducirse en el pensamiento del que es, sin lugar a dudas, el filósofo más influyente del mundo moderno, guarda cierta analogía con el acto de adentrarse en un espeso bosque. Podemos elegir

entre múltiples rutas que nos conducen al centro. Lo difícil, como es natural, es salir de él, para lo cual es necesario que recorramos el camino de vuelta. Aferrar el hilo de Ariadna u otro cualquiera es una cuestión de perspectiva. No hay prevalencia de camino alguno frente a otros, ya que no estamos ante un laberinto cuya verdad sea susceptible de ser desvelada de una vez por todas. Sólo en el recorrido mismo llegaremos a saber si nuestra guía no era en realidad más que una falsificación. Esta obra de Praver nos lleva a lo largo de una de esas travesías posibles, una de las muchas “sendas del bosque” que diría Heidegger y, dicho sea de paso, una en la que no hay demasiadas huellas de pisadas. El autor nos entrega un mapa del recorrido desde las primeras líneas: “mucho hay en la temprana vida de Marx que parece predestinarle a una carrera literaria”¹ (p. 1). Y si bien es cierto que esta carrera fue interrumpida nada más comenzar, no disminuyó en absoluto el profundo interés que Marx siempre manifestó por el ámbito literario.

Antes de continuar, y dado que no contamos actualmente con ninguna obra de Praver traducida a nuestro idioma, parece necesario poner al lector en antecedentes. Siegbert Salomon Praver fue profesor de Lengua Alemana y Literatura en la Universidad de Oxford hasta su reciente muerte, en abril de 2012. Sin pertenecer propiamente al círculo de estudiosos marxistas de la literatura, esta

¹ La traducción de las citas corresponde al autor de la reseña.